

de una finalidad que se conserve por sí misma, es lo que se mira justamente como absurdo; pero al mismo tiempo, bajo este *principio* impenetrable de una *organización* primitiva, se deja al mecanismo de la naturaleza una parte que no se puede determinar, porque tampoco se puede menospreciar, y es por lo que se llama *tendencia á la formación* (1), el poder de la materia en un cuerpo organizado (para distinguirlo, del *poder creador* (2) mecánico que ella posee generalmente, y que dá á la primera su dirección y su aplicación).

LXXXI.

DEL SISTEMA TELEOLÓGICO EN LAS
RELACIONES EXTERIORES DE LOS SÉRES ORGANIZADOS.

Yo entiendo por finalidad exterior aquella en que una cosa de la naturaleza se halla con otra en la relación de medio ó fin. Por lo que las cosas que no tienen ninguna finalidad interior, ó cuya posibilidad no supone ninguna, por ejemplo, la tierra, el aire, el agua, etc., tienen, sin embargo, una finalidad exterior, es decir, relativa á otros séres; mas es necesario que estos últimos sean séres organizados, es decir, fines de la naturaleza, porque si no, los primeros no podrian considerarse como medios. Así no se puede considerar el agua, el aire y la

(1) Bildungstrieb.

(2) Bildungskraft.

tierra, como medios relativamente á la formación de las montañas, porque no hay nada en las montañas que exija que se explique su posibilidad por medio de fines, y no se puede representar la causa bajo el predicado de un medio (sirviendo á estos fines).

El concepto de la finalidad exterior es muy diferente del de la finalidad interior; nosotros enlazamos esta á la posibilidad de un objeto, sin considerar si la existencia misma de este objeto es ó no un fin. Se puede preguntar además por qué tal ser organizado existe, mientras que no se presenta ciertamente la misma cuestión respecto al motivo de las cosas en las cuales no se reconoce más que el efecto del mecanismo de la naturaleza. Es que nos representamos ya, para explicar la posibilidad de los séres organizados, una causalidad determinada por fines, una inteligencia creadora, y referimos este poder activo á su principio de determinación, es decir, á su fin. Luego no hay más que una finalidad exterior que tenga conexión con la finalidad interior de la organización, y que contenga la relación exterior de medio á fin, sin que haya necesidad de preguntar en qué objeto deberían existir los séres así organizados. Es la organización de los dos sexos en las relaciones que existen entre ellos para la propagación de su especie; porque aquí se puede siempre preguntar, cómo un individuo, por qué una pareja semejante debe existir. La respuesta es que no constituye un todo organizante, sino un todo organizado, en un solo cuerpo.

Mas si se pregunta por qué existe una cosa, la respuesta es, ó bien que su existencia y su produccion no tienen ninguna relacion con ninguna causa intencional, y entónces se refiere siempre el origen de esta cosa al mecanismo de la naturaleza, ó bien que tienen (como existencia y produccion de una cosa contingente de la naturaleza) un principio intencional, y es difícil separar este pensamiento del concepto de un sér organizado; porque como estamos obligados á explicar la posibilidad interior de semejante sér por una causalidad de causas finales y por la idea que la determina, no podemos tambien concebir la existencia de esta produccion más que como un fin. En efecto, se llama *fin* el efecto representado, cuya representacion es al mismo tiempo el principio que determina la causa inteligente y eficiente para producirle. En este caso se puede decir, ó bien que el fin de la existencia de un sér semejante de la naturaleza está en sí mismo, es decir, que este sér no es solamente un fin, sino un *objeto final* (1), ó bien que este objeto existe fuera de sí en otros séres de la naturaleza, es decir, que este sér no existe como objeto final, sino solamente como medio necesario.

Mas si recorremos toda la naturaleza como tal, no hallaremos en ella sér que pueda aspirar al rango de fin último de la creacion; y áun se puede probar *á priori* que aquel que se pudiera dar por *fin último* á la naturaleza, adornándole de todas las

(1) Endzwerck.

cualidades y propiedades concebibles, no se debería nunca considerar como objeto final en tanto que cosa de la naturaleza.

Cuando se considera el reino vegetal y se ve la inmensa fecundidad con la cual se derrama por casi todo el suelo, estamos tentados al pronto de tomarlo por un simple producto de este mecanismo que la naturaleza revela en sus formaciones del reino mineral. Mas un conocimiento más profundo de la sabiduría inefable de la organizacion de este reino no nos permite llegar á este pensamiento, pero suscita esta cuestion: ¿por qué existen estos séres? Si se contesta que existen para el reino animal, que se alimenta de aquel y puede por este medio extenderse sobre la tierra en especies tan variadas, entónces se presenta esta nueva cuestion: ¿por qué, pues, existen estos animales que se alimentan de estas plantas? Quizá se conteste que existen para los animales carnívoros, que no pueden alimentarse más que de séres vivientes. Por último, viene esta cuestion: ¿para qué existen estos animales así como los precedentes reinos de la naturaleza? Para el hombre, para los diversos usos que su inteligencia le muestra que debe hacer de todos estos séres, y es acá en la tierra el fin último de la creacion, puesto que es el solo sér que puede formarse por medio de su razon un concepto de fin, y ver en un conjunto de cosas formadas segun fines un sistema de éstos.

Todavía se podría con el caballero *Linneo* seguir la vía opuesta en apariencia, y decir que los ani-

males herbívoros existen para moderar la vegetación lujuriosa de las plantas, que podría ahogar muchas especies; los animales carnívoros para poner límites á la voracidad de los primeros, y últimamente, el hombre para establecer, persiguiendo estos últimos y disminuyendo su número, cierto equilibrio entre los poderes creadores y los poderes destructores de la naturaleza. Y así el hombre, tan digno como pueda ser bajo cierta relación de ser considerado como un fin, no tendría, sin embargo, bajo otro respecto, más que el rango de medio.

Si se admite en principio una finalidad objetiva en la variedad de especies terrestres y en las relaciones exteriores de estas especies entre sí, en tanto que cosas trazadas conforme á fines, es conforme á la razón concebir cierta organización en estas relaciones, y un sistema de todos los reinos de la naturaleza fundado sobre causas finales. Mas aquí la experiencia parece contradecir altamente la máxima de la razón, principalmente en lo que concierne al fin último de la naturaleza, fin que sin embargo es necesario para la posibilidad de semejante sistema y que no podemos colocar, además, más que en el hombre. Porque al considerar al hombre como una de las numerosas especies del reino animal, la naturaleza no ha hecho la menor excepción en su favor en la acción de las fuerzas destructoras como de las productoras, sino que lo ha sometido todo sin objeto alguno á su mecanismo.

Lo primero que debiera haberse establecido ex-

presamente sobre la tierra en un orden en que las cosas de la naturaleza formasen un todo constituido conforme á fines, es su habitación, el suelo y el elemento sobre el cual ó en el cual debe desenvolverse. Pero un conocimiento más exacto de la naturaleza de las cosas que llenasen esta condición de toda producción de seres organizados, no revelaría más que causas que obran del todo ciegamente, y más bien todavía causas destructoras, que causas favorables á esta producción, á un orden y á fines.

La tierra y el mar no contienen solamente monumentos de antiguas revoluciones que los trastornaron, á ellos y á todos los seres que encerraban, sino toda su estructura; las cuevas de la una y los límites del otro hacen por completo ser el aire el producto de las fuerzas salvajes y omnipotentes de una naturaleza que trabaja en el seno del caos. Por bien ordenadas que nos parezcan sin embargo la figura, la estructura y la inclinación de las tierras para recibir las aguas del cielo, para las fuentes que brotan á través de subterráneos de diversas especies (que sirven por sí mismas para diversas producciones), y para el curso de los torrentes, un exámen más detenido de estas cosas prueba que no son más que los efectos de erupciones volcánicas y de inundaciones, ó aún de desbordamientos del Océano, y así se explican la primera producción de esta figura de la tierra, y principalmente su transformación sucesiva, como la desaparición de sus primeras producciones or-

gánicas (1). Luego si la habitacion de todos los seres organizados, si el suelo de la tierra ó el seno del mar, no nos muestran más que un mecanismo completamente ciego, ¿cómo y con qué derecho podemos reclamar y afirmar otro origen para estas otras producciones? Aunque el hombre, como parece probarlo (segun Camper) el exámen detenido de los restos de estas devastaciones de la naturaleza, no se hallase comprendido en estas revoluciones, depende de tal modo de los demás seres terrestres, que sería imposible admitir para todos estos seres un mecanismo general de la naturaleza, sin comprender á aquél tambien en él, aunque su inteligencia (en gran parte al ménos) le haya podido salvar de estas devastaciones.

Mas este argumento parece exceder el fin que nos proponemos, probando, no solamente que el hombre no puede ser el último fin de la naturaleza, y que por la misma razon la agregacion de las cosas organizadas de ésta no puede cons-

(1) Si la expresion *Historia natural* debe servir para designar la descripcion de la naturaleza, se puede llamar *arqueología de la naturaleza*, por comparacion con el arte, lo que muestra la historia de la naturaleza entendida literalmente, á saber una representacion del estado *primitivo* de la tierra, fundada sobre las conjeturas que hay razon para aventurar, aunque no se puede obtener ninguna certeza. A la arqueología de la naturaleza pertenecerian las petrificaciones, como á la del arte las piedras cinceladas y otras cosas de este género. Como no se cesa de trabajar en esta ciencia (bajo el nombre de teoria de la tierra), aunque no alcance gran desarrollo como le corresponde, no se dará este nombre á una investigacion de la naturaleza puramente imaginaria sino á un estudio al cual la misma naturaleza nos incita y nos provoca.

tituir un sistema de fines, sino áun que estas producciones, que se han mirado hasta aquí como fines de la naturaleza, no tienen otro origen que el mecanismo de la misma.

Pero, conforme á la solucion que anteriormente hemos dado de la antinomia de los principios del modo mecánico y del modo teleológico de la produccion de los seres organizados, estos principios tienen su origen en el juicio reflexivo aplicado á las formas que produce la naturaleza, conforme á sus leyes particulares (cuyo sistema no podemos penetrar), es decir que no determinan el origen de estas cosas en sí, sino que significan solamente que, conforme á la naturaleza de nuestro entendimiento y de nuestra razon, no podemos concebir esta especie de seres más que por medio de causas finales; por consiguiente, nuestra razon, no solamente nos autoriza, sino que nos empeña á intentar por medio de los mayores esfuerzos, y con el mayor atrevimiento, el explicarlos mecánicamente aunque nos creamos incapaces de obtenerlos á causa de la naturaleza particular y los limites de nuestro entendimiento (y no porque hubiese contradiccion entre el principio del mecanismo y el de la finalidad); y por último, estos dos principios con cuya ayuda nos explicamos la posibilidad de la naturaleza, pueden conciliarse con el principio suprasensible de la misma (tanto fuera de nosotros como en nosotros), porque la explicacion por medio de causas finales no es más que una condicion subjetiva del uso de nuestra razon,

cuando, no solamente tiene por objeto juzgar los objetos como fenómenos, sino referir estos fenómenos, así como sus principios, á su *substratum* supra-sensible, para comprender la posibilidad de ciertas leyes, á las cuales refiere su unidad, y no puede representarse más que por medio de fines (y ella los halla en sí misma supra-sensibles.)

§ LXXXII.

DEL FIN ULTIMO DE LA NATURALEZA, CONSIDERADO COMO SISTEMA TELEOLÓGICO.

Hemos demostrado anteriormente que hallamos en los principios de la razon motivos suficientes, si no por el juicio determinante, al ménos por el juicio reflexivo, para mirar al hombre, no solamente como un fin de la naturaleza, como todos los seres organizados, sino tambien como su *fin último* acá en la tierra, como el fin en relacion al cual todas las demás cosas de la naturaleza constituyen un sistema de fines. Luego si es necesario buscar en el hombre mismo el fin que supone su relacion con la naturaleza, ó bien este fin será tal que la naturaleza pueda cumplirlo para su beneficio, ó será la aptitud y habilidad que muestre para toda clase de fines, á los cuales pueda someterse la naturaleza (interior y exteriormente). El primer fin de la naturaleza sería la *dicha*, y el segundo, la *cultura* del hombre.

El concepto de la dicha no es un concepto que el

hombre pueda sacar de sus instintos y llevar en sí mismo en la animalidad, sino que es la simple *idea* de un estado que se quiere hacer adecuado á esta idea, bajo condiciones puramente empíricas (lo que es imposible). Se forma, pues, esta idea por sí mismo de tan diversos modos con la ayuda de su entendimiento unido á su imaginacion y á sus sentidos, y la cambia tan frecuentemente, que si la naturaleza estuviese sometida á su voluntad, no podría concertarse con este concepto que cambia y con los fines arbitrarios de cada uno, y quedar al mismo tiempo sometida á leyes determinadas, fijas y universales. Mas aún cuando quisiéramos, ó bien reducir este concepto á las verdaderas necesidades de nuestra naturaleza, á aquellas en que nuestra especie se muestra enteramente de acuerdo consigo misma, ó bien hacernos tan hábiles como posible fuera para procurarnos todas las cosas que podemos imaginarnos y proponernos, no alcanzaríamos jamás lo que entendemos por dicha, que es, en efecto, el verdadero fin último de nuestra naturaleza (no hablo de la libertad). Es que nuestra naturaleza no se ha hecho para reducirse y contenerse en el goce y el placer. Por otra parte, tan no es que la naturaleza haya tratado al hombre con favor y le haya concedido mayor bienestar que á todos los animales, que en sus malos efectos, como la peste, el hambre, las inundaciones, el frio, la hostilidad de los demás animales grandes y pequeños, no le distingue de cualquier otro animal. Y además, la lucha de los pensamien-

tos de su naturaleza le arroja en los tormentos que él mismo se forja, y por el espíritu de dominación, por la barbarie de las guerras y otras cosas de este género, agobia á sus semejantes de males y trabajos cuanto puede, para la ruina de su propia especie; de suerte, que, si la naturaleza tuviera por objeto la dicha de nuestra especie, aunque en el exterior fuese tan benéfica como posible fuera, no la alcanzaria acá en la tierra, puesto que nuestra naturaleza no es capaz de ello para nosotros. El hombre no es, pues, siempre, más que un eslabon en la cadena de los fines de la naturaleza; principio, ciertamente, en relacion á ciertos fines, para los cuales parece haber sido destinado por la misma, colocándose por sí mismo como un fin, pero tambien medio para la conservacion de la finalidad en el mecanismo de los demás miembros. El que sólo posee en la tierra la inteligencia, y por consiguiente, la facultad de proponerse fines á su arbitrio, es, en verdad, el señor de la naturaleza por su título; y si se considera ésta como un sistema teleológico, es, por su destino, el fin último de la misma, mas con la condicion de saber y de querer dar á ella y á sí mismo un fin que se pueda bastar á sí propio independientemente, y, por consiguiente, ser un objeto final, y este objeto final no debe buscarse en la naturaleza.

Luego para hallar dónde debe colocarse este *último fin* de la naturaleza, relativamente al hombre al ménos, es necesario averiguar lo que puede hacer aquélla para prepararlo á lo que debe ha-

cer por sí mismo para ser objeto final, y separar de él todos los fines cuya posibilidad descansa sobre condiciones que dependan de la naturaleza solamente, como la dicha terrestre, que no es otra cosa que el conjunto de todos los fines, á los cuales el hombre puede ser conducido por la naturaleza exterior y su propia naturaleza. Es la materia de todos sus fines sobre la tierra, y si se ha constituido como todo su fin, no puede ponerse de acuerdo con su destino, y héle aquí incapaz de dar un objeto final á su propia existencia. No queda, pues, más de todos los fines que el hombre puede proponerse en la naturaleza, que la condicion formal, subjetiva, ó la facultad de proponerse fines en general y (mostrándose independiente de la naturaleza en la determinacion de sus fines) servirse de la misma como de un medio, conforme á las máximas de sus libres fines en general. Tal debe ser, en efecto, el círculo de la naturaleza, relativamente al objeto final que se halla colocado fuera de ella, y tal puede ser, por consiguiente, su último fin. La produccion en un sér racional, de una facultad que le hace capaz de proponerse fines á su arbitrio, en general (por consiguiente, de la libertad), es lo que se llama la *cultura*. Es, pues, sólo la cultura lo que debe mirarse como el último fin de la naturaleza, relativamente á la especie humana (y no nuestra dicha personal sobre la tierra, ó solamente el privilegio que tenemos de ser el principal instrumento del orden y la armonía en la naturaleza irracional). Mas toda cultura no constituye este último fin

de la naturaleza. La de la *habilidad* (1), es sin duda la principal condicion subjetiva de nuestra aptitud para perseguir fines en general, pero no basta para constituir la *libertad* en la determinacion y eleccion de nuestros fines, la cual, sin embargo, forma parte esencial de la facultad que tenemos de proponérselos. La última condicion de esta aptitud, podria llamarse la cultura de la disciplina; es negativa, y consiste en despojar á la voluntad del despotismo de las pasiones, que relacionándonos con ciertas cosas de la naturaleza, nos hacen incapaces de elegir por nosotros mismos, porque nosotros nos formamos una cadena de inclinaciones que la naturaleza no nos ha dado más que para advertirnos que no se debe despreciar ni dañar el destino de la animalidad en nosotros, dejándonos completamente libres de retenerlos ó dejarlos, de aumentarlos ó disminuirlos, segun lo que exijan los fines de la razon.

La habilidad no puede ser bien desenvuelta en la especie humana más que por medio de la desigualdad entre los hombres, porque la mayor parte de estos están encargados de proveer, por decirlo así mecánicamente, y sin tener necesidad de ningún arte, á las necesidades de la vida, y mientras que aquellos á quienes proporcionan una vida cómoda y de ocio, se entregan á la parte menos importante de la ciencia y del arte, ellos viven en el sufrimiento, trabajando mucho y gozando poco, aunque

(1) Geschicklichkeit.

insensiblemente se aprovechan de la cultura de la clase superior. Pero si por ambas partes crecen los males igualmente con los progresos de esta cultura (que vienen á parar en lujo, cuando la necesidad de lo supérfluo empieza ya á dañar la de lo necesario), puesto que los unos se hallan con esto más oprimidos y los otros más insaciables, en todo caso la miseria brillante se halla ligada al desenvolvimiento de las disposiciones naturales de la especie humana, y el fin de la misma naturaleza, si no nuestro propio fin, se alcanza por este medio. La condicion formal sin la cual la naturaleza no puede alcanzar este fin último, es una constitucion de las relaciones de los hombres entre sí, que en un todo que se llama la *sociedad civil*, opone un poder legal al abuso de la libertad, porque sólo en una constitucion semejante es como las disposiciones de la naturaleza pueden recibir su mayor desenvolvimiento. Además, suponiendo que los hombres fuesen bastante entendidos para hallar esta constitucion y bastante prudentes para someterse voluntariamente á su fuerza, se necesitaria todavia un todo *cosmopolita*, es decir, un sistema de todos los Estados expuestos para unirse los unos con los otros. En ausencia de este sistema, y con los obstáculos que la ambicion, el deseo de la dominacion y la avaricia, principalmente entre los que tienen el poder, oponen á la realizacion de semejante idea, no se puede evitar la guerra (en la cual se ven ya los Estados dividirse ó resolverse en muchos Estados pequeños, ya un Estado unirse á otros más pe-

queños y tender á formar un todo mayor); mas si la guerra es de parte de los hombres una empresa inconsiderada (nacida del desarreglo de sus pasiones), quizás oculte tambien un designio de la suprema sabiduría, si no el de establecer, al ménos preparar la union de la legalidad y la libertad de los Estados, y con éstas la unidad de un sistema de todos ellos, establecida sobre un fundamento moral; y no obstante las terribles desgracias de que agobia al género humano, y las desdichas quizá mayores todavía que trae en tiempo de paz la necesidad de hallarse siempre dispuestos para ella, es un móvil que conduce á los hombres á impulsar al más alto grado todos los talentos (alejando siempre la esperanza del reposo y la dicha pública).

En cuanto á la disciplina de las inclinaciones que hemos recibido de la naturaleza para llenar la parte animal de nuestro destino, pero que hacen muy difícil el desenvolvimiento de la humanidad, se halla en esta segunda condicion de la cultura una feliz tendencia de la naturaleza hácia un perfeccionamiento que nos hace capaces de fines más elevados que los que puede suministrar la naturaleza. No se pueden evitar los males que se extienden sobre nosotros desenvolviendo una multitud de insaciables pasiones, el perfeccionamiento del gusto llevado hasta la idealizacion, el lujo en las ciencias, este alimento de la vanidad; pero no se puede desatender el objeto de la naturaleza, que tiende siempre á separarnos más de la rudeza y de la violencia de las inclinaciones (las

inclinaciones al placer) que pertenecen en nosotros á la animalidad y nos desvian de un más alto destino, á fin de dar lugar al desenvolvimiento de la humanidad. Las bellas artes y las ciencias, que hacen los hombres, si no moralmente mejores, al ménos civilizados, y dándoles placeres que todos pueden participar y comunicando, á la sociedad la urbanidad y la elegancia, disminuyen mucho la tiranía de las inclinaciones físicas, y con esto preparan al hombre al ejercicio del dominio absoluto de la razon, miéntras que al mismo tiempo en parte los males de que nos affige la naturaleza, en parte el intratable egoismo de los hombres, someten ó ensayan las fuerzas del alma, los acrecientan y afirman, y nos hacen sentir esta aptitud para fines superiores que está oculta en nosotros (1).

(1) Es difícil estimar el valor de la vida para *nosotros*, cuando se toma por medida el *placer* (el objeto natural de todas nuestras inclinaciones juntas, la dicha). Ella no cae bajo ningun respecto, porque ¿quién querría volver á comenzar en las mismas condiciones, ó aún en las nuevas condiciones que escogiera él mismo (conformándose al curso de la naturaleza), pero que no tuviera otro objeto que el *placer*? Hemos mostrado anteriormente qué valor recibe la vida de lo que contiene en sí misma cuando se conforma al objeto que la naturaleza nos propone, y de lo que consiste en la *accion* (y no solamente en el *placer*), pero nosotros no somos en esto más que medios para un objeto final indeterminado. No queda, pues, más que el precio que nosotros mismos damos á nuestra vida, no solamente obrando, sino obrando libremente con independencia de la naturaleza, y á esta sola condicion es como la existencia misma de la naturaleza puede ser fin.